



ORACIÓN PARA EL SÍNODO DE BUENOS AIRES

Padre Misericordioso,
 Como Iglesia de Buenos Aires
 Queremos ponernos en camino.
 A la escucha de la Palabra de tu Hijo
 Y escuchándonos entre nosotros.
 Queremos ser misioneros
 misericordiosos
 Aprender a detenernos,
 Y ser compasivos ante toda miseria
 humana.

Que tu Espíritu de amor nos impulse,
 Para hacer de nuestro Sínodo
 Un espacio de comunión y
 renovación.
 Madre del Buen Ayre,
 no nos desampares.
 San Martín de Tours,
 ruega por nosotros.
 Amén

FIESTA DE LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN. El martes 15 de agosto (día de precepto), misas a las 9h, 19h y 20:15h

MISA POR LOS ENFERMOS: segundo domingo, 13 de agosto, a las 15h con administración del sacramento de la unción de los enfermos e imposición de manos.

INVITACIÓN A LOS JÓVENES, ADOLESCENTES Y PREADOLESCENTES. Los invitamos a sumarse a los grupos del Santuario. Consulten con los sacerdotes o en secretaría.

FERIA AMERICANA: sábado 12 de agosto desde las 9:30 hasta las 16h.

Santuario
Jesús Misericordioso



Arquidiócesis de Buenos Aires

Para peticiones y agradecimientos, enviar email a:

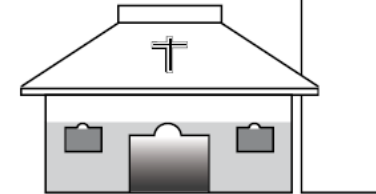
peticiones-agradecimientos@jesus-misericordioso.org

Boletín informativo y gratuito del Primer Santuario de Jesús Misericordioso en la República Argentina.
 P. I. Rivera 4591 (C1431BVA) Bs. As. Argentina.
 Tel: (011) 4522-3427 / 4521-3153
 Web: www.jesus-misericordioso.org
 R.P.I.: 238.729/91

Paz y Alegría



Santuario
 Jesús Misericordioso



Boletín gratuito-julio 2017-Nº338

P.I. Rivera 4591, Villa Urquiza, Capital

Queridas familias:

Entre las grandes Fiestas de nuestra fe, la Pascua y la Navidad, en el mes de agosto celebramos de un modo especial a la Virgen, en sus Fiestas de la Asunción y de su coronación como Reina y Señora de todo lo creado. Y, en realidad, estas celebraciones de la Virgen nos ayudan a ver cómo aquellas Fiestas transforman su vida. En Navidad Dios, al hacerse hombre, asume nuestra naturaleza, se hace como nosotros, y por eso llega a enfrentar la muerte y a vencerla en la Pascua, volviendo con ese cuerpo glorificado junto al Padre. Justamente, en la Virgen vemos que su camino culmina de la misma manera: también su cuerpo es glorificado y la reconocemos ya gozando de la felicidad del Cielo, reinando junto a su Hijo, el Rey de todo lo creado.

Que la Virgen nos ayude a hacer una pausa en nuestro camino para ver cómo lo estamos recorriendo,

y descubrir en qué podemos crecer, de modo que nuestra vida se vaya “elevando”. Eso no significa que nos alejemos del mundo en el que vivimos, sino lo contrario, que gracias a nuestro compromiso lo vamos transformando con la fuerza del Evangelio. Toda la realidad humana está llamada a subir al cielo, y Dios quiere que desde adentro lo vayamos haciendo con la ayuda de su gracia.

Me despido deseándoles que Jesús Misericordioso los bendiga y fortalezca para esta misión, y que la Virgen María, Reina de todo lo creado, y Santa Faustina los sigan acompañando.

Padre Juamba



Plaza de San Pedro Sábado 15 de agosto de 2015

Queridos hermanos y hermanas,
¡buenos días! y ¡feliz fiesta de la
Virgen!



Hoy la Iglesia celebra una de las fiestas más importantes dedicadas a la Santísima Virgen María: la fiesta de su Asunción. Al final de su vida terrena, la Madre de Cristo subió en cuerpo y alma al Cielo, es decir, a la gloria de la vida eterna, en plena comunión con Dios.

El Evangelio de hoy (Lc 1, 39-56) nos presenta a María, que, inmediatamente después de haber concebido a Jesús por obra del Espíritu Santo, va a visitar a su anciana pariente Isabel, quien también milagrosamente espera un hijo. En este encuentro lleno del

Espíritu Santo, María expresa su alegría con el cántico del Magnificat, porque ha tomado plena conciencia del significado de las grandes cosas que están sucediendo en su vida: a través de ella se llega al cumplimiento de toda la espera de su pueblo.

Pero el Evangelio nos muestra también cuál es el motivo más profundo de la grandeza de María y de su dicha: el motivo es la fe. De hecho, Isabel la saluda con estas palabras: «Bienaventurada la que ha creído, porque lo que ha dicho el Señor se cumplirá» (Lc 1, 45). La fe es el corazón de toda la historia de María; ella es la creyente, la gran creyente; ella sabe —y lo dice— que en la historia pesa la violencia de los prepotentes, el orgullo de los ricos, la arrogancia de los soberbios. Aun así, María cree y proclama que Dios no deja solos a sus hijos, humildes y pobres, sino que los socorre con misericordia, con atención, derribando a los poderosos de sus tronos, dispersando a los orgullosos en las tramas de sus corazones. Esta es la fe de nuestra madre, esta es la fe de María



El cántico de la Virgen nos deja también intuir el sentido cumplido de la historia de María: si la misericordia del Señor es el motor de la historia, entonces no podía «conocer la corrupción del sepulcro la mujer que, por obra del Espíritu, concibió en su seno al autor de la vida, Jesucristo» (*Prefacio*).

Todo esto no tiene que ver solo con María. Las «cosas grandes» hechas en Ella por el Todopoderoso nos tocan profundamente, nos hablan de nuestro viaje en la vida, nos recuerdan la meta que nos espera: la casa del Padre. Nuestra vida, vista a la luz de María asunta al Cielo, no es un deambular sin sentido, sino una peregrinación que, aun con todas sus incertidumbres y sufrimientos, tiene una meta segura: la casa de nuestro Padre, que nos espera con amor.

Mientras tanto, mientras transcurre la vida, Dios hace resplandecer «para su pueblo, todavía peregrino sobre la tierra, un signo de consuelo y de segura esperanza» (*ibid*). Ese signo tiene un rostro, ese signo tiene un nombre: el rostro luminoso de la Madre del Señor, el nombre bendito de María, la llena de gracia, bendita porque ella creyó en la palabra del Señor: ¡la gran creyente! Como miembros de la Iglesia, estamos destinados a compartir la gloria de nuestra Madre, porque, gracias a Dios, también nosotros creemos en el sacrificio de Cristo en la cruz y, mediante el Bautismo, somos introducidos en este misterio de salvación.

Hoy todos juntos le rezamos para que, mientras se desarrolla nuestro camino en esta tierra, Ella vuelva a nosotros sus ojos misericordiosos, nos despeje el camino, nos indique la meta, y nos muestre después de este exilio a Jesús, el fruto bendito de su vientre. Y decimos juntos: Oh clemente, oh pía, oh dulce Virgen María.

